Año VI | La Plata, 1ª quincena de Enero de 1924 | Núm. 112

Redacción y Administración: 14 N. 1227
LA PLATA

IDEAS

Suscripción mensual 0.20
Número suelto . . . 0.10

Publicación Quincenal | Editada por la Agrupación del mismo nombre | Administrador: Risto Stoianovich

Del cuartel

Un teniente (no interesa el nombre) manifestó en la defensa del conscripto Perrone, condenado a tres años de prisión por el gesto altivo de haber desertado de la esclavitud del cuartel, ante el llamado de una madre anciana, una mujer desamparada y un niño—su hijo—hambriento, que: «Cuando sentimientos superiores a la idea de patria, como los filiales, los de padre y esposo, llaman a un hombre, es digna su actitud desertando del cuartel en el cual los superiores no saben despertar una sola idea de simpatía o de cariño». Y agregó: «Si tales sentimientos me reclamaran algún día, yo también desertaría de las filas».

Bien por el teniente que supo reivindicar los valores humanos con ese gesto, y reivindicarse él mismo como hombre.

El bien y el mal

OLVIDEMOS la parábola de las gentes sobre los caminos del bien y del mal.

No hay dolor, no hay sinsabores, no hay peñascos ni abismos en los caminos del ideal: hácense llanuras las montañas y endurécense las aguas de los mares bajo las plantas de los hombres probos.

No miremos atrás: el tendal de caídos, quede para los lobos. Miremos adelante, miremos a las horas que vendrán, miremos a los días que despiertan maravillosamente nimbados de luz, y amemos a las albas.

Días vendrán, lejanos pero ciertos, que en nuestras almas habrá más luz, que en nuestros corazones habrá más amor, que en nuestra conducta habrá más virtud, y que de las sociedades de los hombres, regidas por el libre juego de las voluntades, habráse retirado la impudicia con el sublime triunfo de la paz.

Creamos siempre en ello y esperemos: la esperanza tiene una sublime virtud intrínseca de realización.

¡Oh! clamemos de cada mes sus treinta días y de cada día desde que rompe el alba hasta que se aduerme el sol; y en la hora sagrada del crepúsculo hagamos la recopilación de nuestra jornada, recogiéndonos en la soledad para que nos aleccione la virtud y en el seno del silencio nos dicte sus preceptos.

He aquí el bien: el bien no es la renuncia, el bien no es el martirio ni el dolor; el bien lo haremos cuando sepamos, bajo el sol y sobre esta tierra, cuajar en realidad nuestra esperanza.

El bien no es un camino florido o un sendero espinoso abierto a sierra y hacha en las selvas vírgenes de la vida; el bien lo habremos hecho cuando hayamos aprendido a carcomer los cimientos de las murallas que nos separan de la realización de nuestro ideal y cuando sobre nuestra obra sepamos recibir en nuestras frentes el sol de cada día y sepamos tener en nuestros labios una canción perenne.

AD. C. LÉRTORA.

La Plata, Diciembre 1923.

EL CAOS

«Anarquía:—caos, desorganización, desorden».

Esta es la definición, en síntesis, del concepto diccionaril, académico, político, económico, estatal y religioso, de la anarquía.

No es lo peor, ni siquiera lo malo, el concepto en sí mismo, sino las deducciones convencionales, defectuosas, tuertas y patizambas que de él se sacan. El concepto considerado en sí mismo, contiene su refutación en su propia esencia.

Muchos filósofos, sin necesidad de ser pensadores anarquistas y sin referirse a la anarquía, han venido, a través de largos tiempos, repitiendo y sentando como axioma la siguiente afirmación: «el caos es el infinito de la organización de los infinitos motivos de la vida, adonde la razón humana no ha podido aun llegar, pero cuya existencia es innegable»; y en palabras más concretas: «el desorden es el orden de lo desconocido». En fin, que caos, desorganización y desorden, son palabras de estrecha relatividad real y que, lo que ellas en efecto significan, es insuficiencia de conocimiento humano.

Esto es innegable, como es innegable que detrás de cada inesperado cataclismo universal que ha sorprendido al hombre, siempre ha sobrevenido el alumbramiento de un nuevo mundo hasta entonces ni siquiera sospechado.

Así como el caos universal, campo que nuestra razón no alcanza, es el estado natural donde se gestan los nuevos mundos que la acción del tiempo ha de mostrar y consagrar en el espacio a nosotros visible, así es, también, el caos de las ideas, el natural estado de espíritu de donde nacerán nuevas verdades que la acción humana, a través del tiempo, ha de alumbrar y consagrar también, pese a todas las faltas de comprensión y a todos los obstáculos. Pues que no hay obstáculo que no se pueda vencer, porque toda noción de obstáculo contiene implícitamente en sí misma, la noción de transitorio, que limita en el tiempo su duración por las nuevas cosas que el mismo tiempo consigo trae. La duración del presente está limitada por la presencia de lo por venir; nada es eterno. El desorden, *el orden desconocido*, limita la duración del orden conocido y es fatal el triunfo del futuro sobre el presente, porque la acción del tiempo es renovar y renovar siempre. Por esta acción es fatal que cada cosa no pueda vivir más que su tiempo. El tiempo trae las cosas y el tiempo se las lleva, pero no puede llevarse lo que no ha venido; forzozamente tiene que llevarse lo que está, lo existente. Por eso el espíritu humano tiene horror al tiempo; por eso el hombre, que por falsas creencias y doctrinas creyó siempre en la eternidad de su presente, se espanta y cierra los ojos ante lo desconocido, pero su naturaleza es también hija del tiempo y no puede escapar o su acción renovadora. El tiempo desorganiza su propia obra, para abrir camino, para hacer lugar a las nuevas obras que se han ido gestando en su seno.

El camino de la anarquía es el de la naturaleza. Tenemos pues el futuro asegurado. ¿Que el presente burgués escupe sobre nosotros feroces reacciones? ¡Que nos importa! ¿No somos, acaso, para éste presente, el caos, lo desconocido? ¿Y no es acaso escupir a lo desconocido como escupir al aire? Pues bien, un sabio proverbio dice: «quien al aire escupe en la cara le cae».

I. DOMINGUEZ.

Escucha, soñador

A tí, entusiasta de cualquier arte, soñador de bellezas eternas, bohemio de melena desgreñada y vestimenta rotosa; a tí que sientes en todo instante el latigazo feroz de la miseria, es que quiero dirigirte mis pobres líneas, fruto de un rapto de inspiración, convencido de que en tí, mejor que en cualquier otro, llegar pueden a conmover la fibra íntima de tu corazón y llevar a tu cerebro a reflexionar un momento sobre ellas.

A tí, que has cultivado profunda y cuidadosamente ese tesoro que todos poseemos y que tan pocos saben apreciar: el Yo; que has llegado a acrisolar tesoros inmensos en tu personalidad, sensibilizándola en grado sumo, a tal punto que te sientes vivir como en una región etérea, alejado de las miserias y de los egoísmos que reinan en la tierra; vagabundo sin asilo, sin paradero fijo, juguete de las ráfagas del viento y de los caprichos de la naturaleza.

A tí, que has buscado en tu propio sér, en tu interior, en la abstracción completa, el consuelo de la miserable existencia de los hombres; que has llegado a formar una coraza impenetrable en torno de tu existencia, en tal forma que poco llega a importarte el sinnúmero de comentarios que se tejen respecto a tí, a raiz de la vida aparentemente abandonada que arrastras, porque te juzgan a través de lo que a tí menos te interesa, de lo más superficial en el hombre: de tu desgreñada melena y lo rotoso de tu vestimenta; a tí, por ello, por todas estas prendas que te elevan, es que me dirijo con el corazón en la mano, como pudiera dirijirme a la mujer amada, y te hablo así, tiernamente, amorosamente: Sueña, bohemio, sueña con tus hermosas utopías; busca siempre, afanosamente, con tus creaciones, la verdad pura, la belleza de la vida, pero no busques de llenar con tus sueños dorados todo el recorrido de tu vida; busca también en la tierra, al contacto con los demás hombres, hacer de tu vida la realización de tus ensueños; piensa que así como tú, son muchos los hombres que sin la apariencia de bohemios, sueñan tus utopías, buscan la belleza y la verdad; piensa que en aquél hombre que se consume próximo a la máquina de una fábrica, que en aquél campesino rudo y fornido que detrás del arado, a grandes dentelladas, la tierra virgen, sintiendo en cada terrón que se levanta, un grito de protesta, un canto de rebeldía que surge de la entraña misma de la tierra, encontrarás también un soñador, un hombre de espíritu rebelde que busca, como tú, en su propia persona, el consuelo de la explotación en que se desenvuelve su existencia.

Es por todo esto, porque tus mismos sueños son nuestros sueños, porque tus mismas utopías son las nuestras, que me dirijo a tí, bohemio, para que vengas a nuestro lado, para que engroses nuestras filas y seas un nuevo Quijote de la revolución, un nuevo cruzado que abandonándolo todo, que afrontando todas las maledicencias, todos los obstáculos que se nos levantan en el camino, buscando de librarnos de las malezas, avancemos siempre, con la frente en alto, con canciones de juventud y rebeldía en los labios, hacia aquella luz muy distante, de la que hemos hecho el horizonte de nuestra vida: la Anarquía.

EDGARDO RICETTI.

¡Cuidado!

En Temperley, al pasar dos obreros tranviarios frente a la comisaría local, fueron heridos de balas de winchester, disparadas desde el prostíbulo citado.

En Banfield es corriente encontrar gallineros desvalijados, en los que quedan olvidados cascos de milicos y demás ferretería de idéntica procedencia.

En Remedios Escalada es costumbre de los vecinos volver grupas cuando el vigilante toca ronda en la esquina, pues es una fija que serían asaltados a la media cuadra, debido a la diligencia del «campana».

Un panadero que fué despojado de tres pesos y un kilo de pan, reconoció entre sus asaltantes a un caudillo político y a la patota del comité.

En Lanús, la vida se les hace imposible a los padres de familia, que ven sobre ellos la amenaza de altos empleados policiales que con sus amigotes no vacilan en cometer hechos de los más repudiables con jovencitas que con su autoridad intimidan.

En La Plata un oficial inspector de policía, insulta a un obrero, sin motivo ninguno y le hace llevar esposado a la comisaría.

Y...paremos de contar.

Está visto que las armas son cada vez más necesarias.

Cabos sueltos

ESTOS talleres son verdaderos pudrideros de carne humana. La juventud pierde allí su lozanía, su fuerza, su vigor. Los niños que entran por la mañana, locuaces e inquietos, como locas avecillas, por la tarde regresan marchitos y mustios como plantas sin riego ni sol.

Las viejas que pasan por la calle todas las mañanas, cubiertas de harapos, con sus rostros amarillos y arrugados como pergaminos y su mirada sin vida ni calor—con ojos de buey—son la gráfica expresión de la horrible succión de fuerzas que realiza diariamente el inícuo sistema que ha legitimado, como una cosa perfectamente lógica, esa horrible incongruencia de la explotación del hombre por el hombre.

La decadencia de las civilizaciones pretéritas tuvo su más elocuente manifestación en el grado de corrupción y amoralidad de las clases directoras de la sociedad.

La decadencia de la actual civilización tiene idénticos síntomas.

Nuestra edad resiste gallardamente el paralelo, en cuanto al progreso de los vicios, con todas las formas sociales desaparecidas.

El progreso de los pueblos debe estar de acuerdo con la cantidad de bienestar que disfruten los individuos que componen esos pueblos.

Esto no sucede en la actualidad, donde se opera precisamente el fenómeno a la inversa. El desarrollo de la mecánica como el acrecentamiento de la industria, multiplican la cantidad de hombres infelices, esto es, producen mayor número de despojados, rompiendo totalmente la humana armonía solidaria que debería, en lógica, presidir todas las relaciones de la vida en sociedad.

La propiedad nació, creció y sigue viviendo merced al despiadado ejercicio de la violencia organizada por los unos para arrebatar a los demás el producto de las comunes actividades.

La propiedad, pues, no tiene otra lógica que la sinrazón de la fuerza impuesta con toda la crueldad de que

los hombres somos capaces al perder las más elementales nociones de humanidad.

No es de extrañarse, entonces, que la propiedad necesite para vivir, de todos los medios coercitivos y criminales que poseen las sociedades actuales como condición indispensable para conservar su existencia.

El respeto a la vida humana es tal vez el mejor medio, la más sana moral, para mantener entre los hombres la paz.

Sin embargo, el respeto, para ser tal, no puede tener por base el sometimiento de los hombres a las formas orgánicas de sociedad, aceptando a estas totalmente, sin tener el derecho de ejercitar el más ligero análisis, a fin de comprobar si son justas las disposiciones y los principios que mantienen esa organización social.

El respeto a la vida humana, es, antes que todo, el reconocimiento tácito de que toda la armonía de las sociedades descansa en la libertad y autonomía de sus partes integrantes.

No puede existir respeto ni armonía donde existan sujeción, leyes, dictados, gobiernos o cuerpos que se atribuyan a si mismos las funciones de directores de los demás.

Ser libre es ser fuerte. La libertad es fortaleza de espíritu, de corazón, de alma. La noción de la libertad templa los ánimos, robustece la voluntad, afirma el concepto del valor en si mismo, que es la base de toda valorización.

La primer conquista de la revolución es el desalojo en los hombres de las ideas y nociones morales que el ambiente les inculcó en el cerebro. El hombre de ayer se transforma en el hombre nuevo, en el tipo que sirve a la vez de maestro y de ejemplo para los demás.

M. Anderson Pacheco.

Tigre.

Reflexiones

Dentro de la normalidad de las cosas, la indiferencia absoluta no existe; todos, todos, tomamos partido, para el bien o para el mal, no importa, pero nunca indiferentes; solo a los idiotas, a los cretinos, les cabe el «honor» de ser indiferentes. Al hombre, nunca.

—

La exaltación a la diosa mayoría, a la cantada razón de los más, es un vicio, un defecto, cuya resultante es la intolerancia, ciega y sorda, con la razón de los menos.

....

Hay hombres que, moralmente, pueden valer más que el grueso de una asamblea y la mayoría de un pueblo, y sin embargo, por el desnivel númerico existente, la voz de esos hombres puede ser ahogada, estrangulada por los más en número... y en ignorancia también.

—

La mediocridad, ve siempre de un solo lado, las cosas,—del lado en que ella se halla;—y así se explica el asombro insólito de esos hombres que, sacudidos por los acontecimientos, parecen despertar bruscamente de un profundo sueño.

J. C. Quevedo.

Otra vez

Otra vez se presentó la cosecha; otra vez turbas inmensas, de figura humana van recorriendo el país de frontera a frontera; otra vez se oye la canción de todos los años: «Cuando podamos empezar a trabajar, cuando venga la cosecha, qué buenos pesos vamos a ganar.»

Así comienza la canción de los esclavos, de los ambiciosos, de los que dicen: «Mirad las llanuras donde el viento hace ondear los trigales; todo parece una mar de diamantes, perlas y oro».

Miran las doradas espigas con ojos de avaros; sus dedos se crispan como uñas de ave de rapiña ansiosas de tocar, de clavarse en los frutos de la naturaleza.

Son los mismos de siempre; son conocidos por su sumisión, por sus rostros demacrados por los vicios, y como prostitutas se ofrecen a cualquier explotador. Con envidia miran al primero que se pone las cadenas de esclavo; todos quieren ser los primeros en hacerse explotar.

Otra vez se presentó la cosecha, monstruo terrible que amenaza tragar sudor, fuerza y vida. Sí, otra vez se presentó la cosecha, calvario tremendo de todos los años, forjado por las fuerzas naturales, que se levanta sobre la tierra.

Otra vez las llanuras, cuando el sol derrama su luz sobre ellas, parecen una mar de sangre y de sudor.

Otra vez se mezclan entre las turbas de esclavos, los hidalgos, los vagabundos, los proscriptos de la humanidad. Ellos no piensan en la buena cosecha de los otros, ni en los buenos pesos que no son tan buenos; sólo piensan en difundir las ideas libertarias y van, llenos de fe, de optimismo, recorriendo el país de frontera a frontera, sin preocuparse de las ruindades humanas, predicando el evangelio de los oprimidos, el radiante evangelio de amor y libertad: la Anarquía.

Juan Christian.

La violencia

He visto hablar a un amigo, desde una tribuna pública, en contra de la violencia, diciendo que él era anarquista y enemigo de ella; además, citó a varios filósofos y se manifestó partidario de León Tolstoy, por ser éste, anarquista pacífico.

Todo anarquista que se manifieste contrario a la violencia, no puede ser revolucionario. León Tolstoy no fué sino simplemente un' librepensador anarquista. Tal lo demostró durante la guerra ruso-japonesa. Cuando el pueblo se sublevó contra esa guerra, Tolstoy lanzó un manifiesto al pueblo ruso aconsejándole que no recurriera a la violencia, para evitar el derramamiento de sangre.

Sin la violencia no se va a ninguna parte. En cambio, un pueblo o un hombre violentos, son siempre respetados por sus enemigos.

Los anarquistas sabiendo que la libertad democrática consiste en todo aquello que no está prohibido por las leyes, deben apelar a la violencia si quieren conquistar la libertad natural.

Se puede tolerar el pacifismo en un librepensador que cree que se puede ser libre en la sociedad legislada, pero no en un anarquista que está convencido de que mientras hayan leyes, siempre existirá la violencia organizada.

Cuando un pueblo pide libertad jamás consigue nada. En cambio el que se lanza a conquistarla por medio de la fuerza, sí.

El que pide, adquiere deberes. El que lucha, consigue derechos.

El que pide, queda obligado a dar. El que exige no queda nunca obligado.

El violento es respetado. El manso es ultrajado.

La defensa es una ley natural en todos los seres del planeta.

Cuando realicemos nuestras aspiraciones, ya no será más necesaria la violencia. Esta es un fruto del árbol del estado capitalista, que desaparecerá el dia en que este estado desaparezca·

León Ladousse.

Bahía Blanca, Agosto 1923.

Entre "linyeras"

Juan.—¿Dónde estará ese amor verdadero, sano, noble, que hace al hombre bueno, inteligente, sociable y desinteresado, que dá ánimos, alienta en la lucha por la vida y contribuye a que la amemos?

No lo conozco. Soy huérfano por completo. Por todas partes se me veja, persigue, maltrata y encarcela, por el único delito de ser un pobre paria que lleva todo su patrimonio al hombro. Peor que el esclavo antiguo, no soy nada más que un instrumento, manejable a gusto y antojo de mis amos y explotadores, y objeto útil en las épocas de trabajo, en las cuales los codiciosos que me explotan, me exprimen como a una esponja, hasta sacarme la última gota de vida. Y estos mismos son los que en las épocas de paralización, me insultan, me desprecian y aborrecen.

En nombre de una mentida patria, me convierten en instrumento de opresión, en la paz, y asesino legalizado en la guerra; hacen de mi, una masa dócil, con la cual elaboran y perpetúan toda clase de robos, crímenes, atropellos y mil iniquidades más, en contra de mis propios semejantes.

Condenado a laborar sin descanso ni tregua, comodidades, confort, riqueza, hasta la vida, para los poderosos, transcurre la mía desde la cuna a la tumba, muriendo poco a poco, paulatinamente, de rabia, de asco y de hambre. Sí, camarada, ésto es horroroso; hemos llegado a tal relajamiento, a tal corrupción, que la vida es una asquerosidad.

Pedro.—Compañero: tu me parece que perteneces a esa clase, que tanto abunda, de estoicos y contemplativos, que llevan la vida como un fardo, como un castigo, sin hacer nunca nada por mejorarla, por embellecerla, por superarla; un vencido de la vida, uno de esos que están cansados de luchar sin haber luchado nunca. Tus palabras son palabras de un escéptico, de uno que no cree en nada ni en nadie, que duda de si mismo y que como todo individuo que pierde esa esperanza que nos hace vivir, que no tiene un ideal que lo oriente, que lo guíe en la escabrosa senda de la vida, que es absorbido por el ambiente nefasto en que se ve obligado a vivir, eres víctima de un pesimismo morboso, llevas siempre en la retina de tus ojos, todo lo negro de la maldad humana, y llegas descendiendo, al fango, al vicio, al suicidio.

Así eres tu, hermano, un enfermo, un muerto en vida, uno que comprende los males, y no hace nada por remediarlos, por combatirlos. Uno que con tu indiferencia y cobardía contribuyes a fortificarlos, a perpetuarlos, sin hacer nada más que lamentarte, como los débiles, como los vencidos, como los cobardes.

Sí, compañero; si quieres amar la vida en todas sus manifestaciones, no te resignes a vivir como esclavo; procura vivir como hombre. Desecha de tu cerebro enfermizo, ese falso sentimentalismo, ese pesimismo morboso; estudia, deduce, analiza, con los conocimientos que adquieras; ama una idea, hazla tuya, defiéndela con tesonera energía; no te estanques en la pasión o en el dogma; investiga, fría, imparcialmente. Profundiza los problemas sociales y sacarás en lógica conclusión. que ésta decrépita y ruín organización social, es el origen y causa de todos nuestros males. Atácala rudamente, lucha en la medida de tus fuerzas, para que este triste estado de cosas desaparezca; ama la libertad como a tí mismo, que si así haces, vivirás, porque la vida es lucha, y la vida sin lucha es de castrados, de sumisos, de cobardes, pero jamás de hombres.

***

Así discurrían dos parias, dos obreros campesinos, de esos que, vulgarmente, en esta tierra de «promisión» son denominados «linyeras».

Antonio Perez.

Entre los yuyos, 29 Dic. 1923

El gobierno de Estado

Con frecuencia se oye decir a individuos de incapacidad mental que los gobiernos son indispensables para equilibrar la armonía de los pueblos; que es imposible que una sociedad pueda vivir sin gobierno; que quienes sostienen lo contrario, son unos desequilibrados; (gracias por lo que a mí respecta). Estos retardatarios pusilánimes, dicen que todo es utopía, utopía. No obstante, esta utopía ha invadido el mundo, en el que palpitan y actúan esperanzas de un porvenir feliz. En todo tiempo, de utópicos y locos se ha juzgado a los grandes benefactores de la humanidad, a quienes después del sacudimiento que trae por consecuencia esas utopías, se les venera y admira; así ha sucedido en todas las edades. Este fenómeno no se manifestará en lo porvenir, porque por doquier existen falanges de ambos sexos, que compenetradas de esa grandiosa concepción del anarquismo, por cuyos ideales han sacrificado todo, hasta sus propias vidas, preparan los ánimos, a cuyo impulso la civilización avanza, avanza y avanza en marcha triunfante, abriendo brecha en los ánimos vacilantes, para suprimir de cuajo el privilegio, el favoritismo, el despilfarro, el desorden, la inmoralidad en todas sus manifestaciones, el nepotismo, etc., para realizar el equilibrio social por la desaparición absoluta de todo gobierno.

Hacia ese fin se encamina la humanidad al impulso mágico de estos paladines, para llegar al perfeccionamiento de la verdadera fraternidad universal, despojada de prejuicios y creencias erróneas.

Los gobiernos, para su propia estabilidad, y para conseguir la aplicación de las leyes, elaboradas al calor de la burguesía, se valen de la consigna para el soldado, quien no reconoce amigos ni parientes, pues con tal de llevar a efecto esa consigna, mata, mata, y mata hasta su propia familia y pisotea la justicia, porque la consigna, de acuerdo con la Ordenanza, así se lo impone. De tal modo el ejército, en contubernio con la Iglesia, es el puntal de todo gobierno, que representa: injusticia, obediencia pasiva, y, sobre todo, ROBO.

Este abismo de ignominia que se abre a nuestros pies, no puede subsistir mucho tiempo, como tampoco el mal puede ser estable; ambos por su propio influjo desaparecerán del catálogo universal, para abrirle paso a la nueva generación que basará sus relaciones en la libertad, limpia de formulismos y de fronteras.

Bajo el actual régimen de opresión, la virtud, la honra y la libertad son una piltrafa sin ningún valor ni significación; son el escarnio y burla de los monigotes encumbrados.

No obstante de que este propio sistema engendra el malestar colectivo, los políticos militantes, ya sea consciente o inconscientemente, invocan la democracia como lenitivo a tanto mal. Los socialistas clásicos o de Estado, pretenden también radicalizar sus actos por medio de la ley, ya sea de buena o de mala fe; los unos, tal vez debido a su escasez de conocimientos sociológicos y los otros para cimentar el convencionalismo personal y por ende el mismo sistema, con el cual los gobiernos provocan el desorden general; y de ahí el hambre, las guerras, etc., resultando de esto la parálisis del desarrollo progresivo.

El gobierno es el representante de las distintas clases sociales y el sostenedor del orden general; esto dicen también los expresados retardatarios.

Pues bien, los que vamos siendo con el tiempo atraídos por el curso de las ideas renovadoras, los que anhelamos un mundo de bienandanzas, no podemos permanecer indiferentes ante tales sofismas, no podemos callar; por eso decimos: en la actualidad, y mientras subsistan las leyes que rigen a los pueblos y los prejuicios tengan vigor en el conjunto humano, sería imposible la realización de cuanto afirmamos.

En estos momentos si desapareciera el gobierno, (cosa imposible sin la intervención armada) no nos respetaríamos mutuamente y surgiría el libertinaje, porque muy pocos somos los conscientes de nuestros actos, y hasta la vida de los encauzadores del bien se vería acechada por los inmorales de profesión. Esto no quiere decir que esperemos a estar todos capacitados para la gran conflagración, no; esto sería improcedente, así lo entendemos, y aunque el comienzo traiga por consecuencia fenómenos anormales,—lo que no sería extraño toda vez que las obras humanas tienen sus tropiezos al empezar—siempre será mejor afrontar éstos que vivir padeciendo los del orden vigente.

En esta virtud, los que estamos bien compenetrados del sublime ideal anarquista, negación absoluta de todo gobierno, creemos y afirmamos que sí se puede vivir sin gobierno, que no necesitamos del flagelo del amo para cumplir nuestra vida pasajera. De ahí es que, los convencidos de esta gran verdad, sin medir las consecuencias nos determinemos a laborar en este sentido, para inyectar en el cerebro de las masas ignaras, nuestro ideal y apresurar el acontecimiento que anhelamos. Realizado esto, que ya se vislumbra, dejaremos la prédica encauzadora e iremos a la acción para derribar por la fuerza al Estado, a los tronos y altares y dar paso a la nueva era de paz, libertad y fraternidad.

C. D. Pádua.

México, Octubre 1928.

Agrupación «Inquietud»

Tal es el nombre de la que ha surgido en la ciudad de Lima (Perú) a las actividades de la lucha anárquica; y ruega que se le remita toda clase de material de propaganda. Dirigirse a nombre del camarada O. Castillo. Casilla de Correo 2019. Lima. Perú.

Banderillas

De seguir en este tren, nos veremos en la imprescindible necesidad de someter a una rigurosa profilaxis a la mayoría de nuestros *escribidores*, de «oficio» unos y por afición otros. Y esto no es absurdo, ¡qué esperanza! Clasificándolos, como digo, resultaría, por partes iguales, que nuestros *escribidores* tendrán que ingresar unos en un instituto de higiene y otros, en uno de clínicas. ¿Qué es esto exagerado? ¡Qué va a serlo!

Léanse ciertos sueltos de un diario nuestro y verá el lector, si sabe ver, ciertas porquerías indignas de anarquistas, que si lo son, debieran haber pasado antes por alguno de los institutos mencionados. De esta manera nuestra prensa sería un ejemplo de limpieza y por lo mismo más virtual en su propaganda.

Hablemos ahora de los que escriben por la anarquía.

Se ha sentado como premisa indiscutible que el «sentimiento de la responsabilidad es la primera condición requerida para la mayor eficacia de la obra personal». Bien, ¿qué es el

Un hombre lógico

—NUEVAMENTE he cambiado de domicilio,—decía Juan en la biblioteca del barrio, a los camaradas allí reunidos. Y agregaba: No hace falta que os diga que mi cubil es como casi todos los nuestros: la puerta desencajada, el cinc viejo, las maderas internas rotas, en fin, que en invierno se cuela el frío que es un contento, y en verano, por la próxima laguna de aguas descompuestas, es seguro que habrá mosquitos por lujo. Pero esto no tiene mayor importancia; el que la tiene es mi vecino de la casa de balcones a la calle, según me ha contado doña Petrona, la lavandera de la pieza número 3.

Hace unos días me preguntó:—¿Usted lo conoce al vecino ese de la casa de balcones, Don Augusto Lievantino?

—Yo no,—contesté,—ni falta que me hace.

—No tanto, porque ¿sabe? fué vigilante. Ahora es empleado de policía, pero fué otra cosa... antes.

—¿Fué mejor o peor, antes?

—No sé, no sabría decirlo, pero creo que fué siempre lo que es ahora.

—¿Y usted le conoce bien, desde mucho tiempo?

—¡Vaya si le conozco! ¡Desde hace 15 años, desde cuando empezó a visitar de noche los gallineros de los vecinos! La madre era muy amiga mía. Augusto no trabajó casi nunca. Un día lo vi venir todo sucio de cal; al principio me extrañó, pero luego supe que había huelga de albañiles. Cuando cobró, la madre le pidió unos pesos. La pobre sufría una miseria espantosa. ¡Lo hubiera visto, casi la pega!

—¿Pero, es posible? ¿No vivía con la madre, él?

—Sí, pero ya verá. Luego, se fué. Un día se supo de un robo en el almacén de la esquina, que, a decir verdad, es el que dá peor peso y vende más caro; y junto con tres más, Augusto cayó preso; pero, según cuentan, éste cantó cuanto sabía de ese y otro robo y el comisario, en pago de ese servicio le dió un puesto en la policía. Luego lo ascendieron. Pero un día se efectuó un robo como de cienmil pesos y nuestro vecino fué a dar de patitas a un calabozo...

Suspiró doña Petrona y agregó luego, mirando los balcones, no sé si con odio o envidia:—Cuando a los pocos meses salió, compró esa casa en la que vive ahora.

—Entonces, ¿fué él el que hizo el «trabajo»?

—¡Qué esperanza!... Es decir, parece que lo compraron los otros, los que hicieron el trabajo, como dice usted. Porque Lievantino nunca arrestó ni arresta a los chorros; él a quien acostumbra a arrestar es a los trabajadores decentes, y si son del sindicato o huelguistas, mucho mejor. Es célebre en eso; y su costumbre consiste en llamar a unos cuantos agentes, hacer esposar a quien le parece y si hay mujeres es capaz de cachetearlas ahí nomás.

—¡Qué tipo!

—¡Qué alma de perro diga usted! Un día—y no sé cómo se las arregló, porque a todos... los que puede, los trata como a huelguista incomunicado—conoció a una muchacha y al poco tiempo se casó con ella. No se quién le preguntó si se había enamorado, si eran felices, en fin; y éste, con su soberbia habitual, le contestó que él no era estúpido para enamorarse, que le convenía y por eso lo había hecho. Y es así, sin ninguna duda, porque la pobre ya ha recibido más palizas que caricias los doce perros que tiene él.

—¿Que doce perros?

—¡Ah!... ¿pero usted aun no se ha fijado en eso? ¿Aun no la vió a esa vecina venir de la carnicería con tres o cuatros kilos de lomo? ¿Pues para qué se creía usted que fuese toda esa comida de burgueses? ¡Pues para los perros! ¡Son doce!... Y vea, yo he entrado muchas veces en esa casa.

—¡Ah! usted es amiga de...

—Yo he entrado en esa casa porque le lavo la ropa y los pisos y créame, he ido allí hasta dos veces al día y casi siempre, cuando estaba él, lo encontraba jugando y riendo. ¿Con quién le parece que lo haría?

—¿Con quién? Pues con la mujer, con los hijos, como es natural.

—¡Con la mujer, con los hijos!... ¡Qué esperanza! Estos les ven los dientes cuando les va a morder. Con quien ríe y juega es con los perros, con los perros; también me dijeron que se ríe cuando le pega a algún preso... La vida es muy ingrata: se muere tanto padre de familia, tanto hombre amoroso, y estos ¡no revientan nunca!

Se calla mi vecina y clava sus escrutadores ojos negros en mí; ojos que demuestran haber llorado mucho y leído algunas malas novelas, que acompañadas de esas diez o doce horas de lavado, hicieron de ella una vieja cuando apenas si tiene cuarenta años. De repente me toca en el hombro y señalándome una mujer que en ese momento con un envoltorio bastante grande, salía de la carnicería, me dice:

—Esa es la mártir. Callamos un momento. Pasa a nuestra vera la mujer indicada, con un hermoso chico tomado de su mano, mal vestido, calzado con zapatillas y sin medias, a pesar del frío... Quedé unos instantes envuelto en la ráfaga de aquel dolor que pasó junto a mí y se me crisparon los puños, al tiempo que la emoción anudaba mi garganta. Miré la casa de los balcones; luego recordé a esa gente y me sonreí tristemente.

—¿Qué me dice? ¿Parece fea, verdad? ¿Se fijó qué cara de sufrida tiene? Cualquiera le da más de cuarenta años y a penas tiene treinta.

—¿Pero ella le quiere, que aguanta semejante vida para ella y para su hijito?

—¿Ella? ¡Bah! Ella es una pobre infeliz, una esclava, una de esas mujeres que nunca conocieron más voluntad que la de los otros. Si es verdad que el pueblo es un esclavo, nunca estaría mejor representado que por esa mujer. ¿A él no le conoce usted, verdad?

—¿Suele pasar por aquí?

—Sí. Cuando sean la once, más o menos, me llama y se lo enseñaré...

No hizo falta que la llamara, porque antes de la hora indicada, mi amable vecina ya estaba de centinela en la puerta y... yo a su lado. Al rato asomó por la bocacalle nuestro hombre y pronto pasó por nuestro lado sin saludar. Yo experimenté algo así como una sensación de repugnancia, de asco.

El señor Augusto Lievantino es gordo, tripón; viste muy bien; usa anillos en los dedos, cadena de oro, alfiler en la corbata, muy vistoso. Nato y mofletudo, su cara es sumamente porosa; su bigote se asemeja a dos negros cepillos de dientes; sus ojos son chiquitines, de mirar duro e insolente. Al llegar a la puerta de su casa, un canillita le ofrece un diario, pero éste lo rechaza de un empellón, abre la puerta y entra... En ese momento varios perros ladran alegremente. Creo que él también ladra...

—¿Sabe? me dice mi vecina,—la madre no murió, pero vive en un hospicio.

Y secándose una lágrima se fué a continuar su interminable labor.

E. LATELARO,

Avellaneda, 10-1923.

---

sentimiento de la responsabilidad? Si sometemos a un examen clínico, (porque a la clínica pertenecen los irresponsables), a la mayoría de los militantes de la anarquía en la Argentina, nos convenceremos que el sentimiento de la responsabilidad es una cosa abstracta, hasta para los mismos que han hecho bandera de esa premisa. Quien conoce la conducta de ciertos militantes, está autorizado para clavarles unas banderillas.

La sinceridad resulta también una cosa más abstracta que la responsabilidad, en muchos anarquistas «destacados». El orgullo y la vanidad son las enfermedades más peligrosas que muestran nuestros «líderes».

La sencillez y la sinceridad hacia los compañeros de causa, que acreditan la responsabilidad y la conducta de un anarquista que en realidad ama y siente las ideas que propaga, resultan una cuestión de lujo para ciertos militantes a sueldo.

¿Quiénes son los anarquistas que dignifican las ideas con su conducta? Muy pocos, por cierto.

En lo que respecta a la dignificación de las ideas, con la conducta personal en concordancia con las mismas, se conocen algunas sabrosas anecdotillas.

Los hay, en efecto, que apalean a sus compañeras de vida, y los muy cínicos no tienen empacho en vociferar más tarde desde una tribuna, como energúmenos, en pro de la emancipación, la libertad y el respeto que la mujer merece de parte del hombre.

Los hay que procrean hijos como conejos, sin ninguna noción de higiene, (hijos que luego se suman al enorme ejército de los abúlicos y tuberculosos), y que sin embargo gritarán mañana, con toda frescura, desde una tribuna o por medio de un artículo, sobre la necesidad de una procreación limitada, sana y fuerte.

Los hay también que escriben y hablan contra el alcohol, y son unos beodos consuetudinarios.

Los hay, (¡qué coraje y qué estómago!) que dan una conferencia sobre los peligros que acarrea el prostíbulo para la juventud, y a la hora de terminar su perorata, se les hallará de cabeza en una de esas casas.

Los hay que escriben un kilométrico artículo, ensalzando el «sentimiento de la responsabilidad», y su conducta, en el terreno de la práctica, resulta de lo más irresponsable.

Se conoce también la conducta de ciertas personillas que buscan con la famosa linterna de Diógenes, al hombre como inteligencia, pero a estos entes, cuando tienen que satisfacer sus bajos apetitos y sus bastardas pasiones, los vemos arrastrarse como víboras, tras multitudes ignorantes, para llegar al pináculo de sus pensamientos perversos, que por cierto nada tienen que ver con la anarquía.

Conócete a tí mismo y escribe todo lo contrario de tu conducta de irresponsable. Esto encaja perfectamente bien en los que blasonan responsabilidad, en los que quieren tapar su sucia conducta con un artículo o con la propia verba.

Mézclate con las multitudes si quieres estar como el pez en el agua. La ignorancia de estas, que siempre buscan un ídolo, suele encubrir las suciedades y la mala conducta de los militantes deshonestos.

Digamos pues, con Zola:

«El odio es santo. Es la indignación de los corazones fuertes y poderosos, el desdén de las personas a quienes la medianía y la necedad enojan.

»Odiar es amar, es tener el alma fuerte y generosa, vivir despreciando lo necio y lo vergonzoso.

»El odio consuela, el odio hace justicia, el odio engrandece.

»Si hoy algo valgo, es porque estoy solo y porque odio».

Esto es por las dudas...

JOSÉ CARDELLA.

Necochea.

Nochebuena

A mis padres

Bajo la humosa campana
de la chimenea,
dormitan los viejos
sueño de impotencia.
Escarban la fria ceniza
de la lumbre muerta,
y suspiran..
recuerdan...
(Un hijo
se llevó la guerra;
otro hijo se fué por el mundo...
quizá nunca vuelva...)
Mudos, silenciosos,
apagan la luz
y se acuestan...

Por la calle pasan
sonando vihuelas,
los mozos. Y cantan:
«Esta noche es Nochebuena»...

C. DELGADO FITO.

Del libro SED, próximo a publicarse.

Fragmento de una carta

(INTERESANTE)

México, Octubre 16 de 1923.

Estimada compañera
Juana Rouco:

Salud.

TENGO a la vista tu grata de mediados de julio anterior, a la que paso a referirme.

Dispensa que hasta hoy te escriba; andábamos en jira de propaganda mi compañera de vida y colaboradora mía en la lucha, Tèresa, y yo. A instancias de compañeros y de organizaciones obreras, hemos recorrido varios Estados del Este y del Sureste de esta República Mexicana, después de haber recorrido otros del Norte y del Centro, en nuestra primera jira. Pudiera decirse que ambas jiras son una sola, pues desde el mes de Marzo que entramos a este país, expulsados de Estados Unidos de Norte América a causa de nuestras actividades propagandistas, los compañeros nos han traído en constante movimiento por ciudades y campos, esparciendo nuestros ideales Comunistas Anarquistas. Con frecuencia hemos hablado cuatro veces en un solo día en otras tantas poblaciones, trasladándonos unas veces en ferrocarril, otras en automóvil, coches, carretones de mulas, carretas de bueyes, caballo, mula, burro, y a pie, según la región visitada y la mayor o menor facilidad de comunicación.

Más de una vez, Teresa y yo, nos hemos visto enfrentados por las armas de los sostenedores del presente desorden social, opuestos a que no solamente hablásemos, sino aun a que entrásemos a la población. Pero hemos entrado y hemos hablado, unas veces solos y en otras ocasiones yendo con nosotros compañeros y compañeras armados, dispuestos todos a hacernos respetar.

Porque debéis saber que la mujer mexicana, cuando toma nuestras ideas sabe enfrentar el pecho a las armas enemigas. Pondré un ejemplo.

En la región campesina de San Martín Texmelúcan, del Estado de Puebla, organizamos una manifestación que terminaría con un mítin en la plaza central de dicha población. Más de mil campesinos, hombres y mujeres, tomaron parte. Como de costumbre, hablamos Teresa, yo y otros compañeros. Lo que hablé no pareció muy bueno al comandante militar de la plaza y me envió a un altanero capitancillo a amenazarme con que vendrían las tropas a disolver el mítin; amenaza que hice saber a la concurrencia advirtiéndole que como seres humanos, teníamos derecho a pensar libremente y a expresar nuestros pensamientos y que, por lo tanto, no estábamos dispuestos a dejarnos atropellar, sino que en caso de que se llevase a cabo la amenaza, los militares serían responsables de lo que aconteciera; porque nosotros estábamos dispuestos a medir nuestras armas con las suyas, repeliendo la agresión y defendiendo nuestro derecho. En ese acto las tropas llegaron a paso de carga y cortando cartucho. Teresa y yo avanzamos al lado de donde venían, a hacerles frente; y los campesinos y campesinas, duchos ya por tantos años de revolución que hemos tenido, hicieron con precisión un movimiento envolvente, dejando acorralados a las tropas por un lado, al capitán por otro y al coronel entre otro grupo, mientras que otro quedó de reserva al pie del kiosko del que hablábamos. El momento era de tensión. En las manos de los soldados estaban los fusiles en atención, ya para ser llevados al pecho. En las de los campesinos y campesinas había enormes revólveres calibre 45 y respetables cuchillos. Las puertas de las casas de comercio y particulares azotaban violenta y ruidosamente al ser cerradas por los prudentes vecinos.

Ahí presenciamos el valor de nuestras compañeras, mujeres de cuerpos débiles, pero de corazón valeroso y aguerrido. No huyeron ellas. Animadas por el Ideal que las eleva al nivel del hombre y que les garantiza iguales derechos y deberes iguales que al hombre, probaron ser dignas compañeras del hombre; y en sus manos también había cuando no puñales y raramente algún revólver, al menos el arma de la gleba: piedras.

Una mujer, en estado de embarazo y con dos chiquillos a sus faldas, tuvo un rasgo de amazona. Un compañero, considerando su estado delicado y buscando apartarla, le dijo: —«Compañera. llévese a los niños.» —«¡Llèveselos usted—fué la pronta respuesta,—y si tiene miedo, aquí está mi delantal! A eso hemos venido: ¡a morir!»

Afortunadamente, no llegó la sangre al río. Con el movimiento envolvente de los compañeros, las tropas quedaron dominadas sin combatir. El coronel comprendió que no saldría vivo uno solo de todos ellos y, olvidando su altanería, se convirtió todo en disculpas y en rogar que prosiguièsemos con nuestro mítin, que nadie quería hacernos daño, que nadie quería matarme, que por favor siguiésemos con nuestro mítin y que encarecidamente me rogaba que suspendiera mis insultos al ejército, etc, etc.

Esto ocasionó que días después cayese yo preso en un lugar desierto, siendo detenida mi compañera que se negó a dejarme solo, porque ella comprendió, con su perspicacia femenina, que se trataba de asesinárseme aplicándome lo que aquí llamamos Ley Fuga, que consiste en pretender que el preso quiso fugarse y hubo que hacer fuego sobre él, matándolo por desgracia. La presencia de ella y el escándalo que armó denunciando en voz alta las intenciones de los militares que me arrestaron, impidieron que lo hicieran, viéndose forzados entonces a regresarnos a la ciudad de Puebla, donde, con todo lujo de fuerza, a «Tere» y a mí se nos metió entre una doble fila de doscientos soldados, que nos sirvió de escolta por muy cerca de cuarenta calles que recorrimos hacia el cuartel, en aquella capital del Estado del mismo nombre.

Y ahí volvió a verse el valor femenino. Inmediatamente organizaron los trabajadores una manifestación esa misma noche, protestando por mi

arresto y demandando mi libertad. «Tere» y un gran número de mujeres estaban en la manifestación, bajo un aguacero torrencial que no enfrió los ánimos.

Al siguiente día hubo otra manifestación, también bajo torrentes de agua, y más numerosa que la improvisada la noche anterior. Todas las fábricas quedaron paralizadas. Mucho más mujeres, aun cargando sus pequeñuelos, marchaban al igual que los hombres. Les echaron las tropas encima; y fueron las mujeres las primeras en entrar a la refriega arrastrando tras de sí a los demás. Afortunadamente, el general de las tropas comprendió el alcance de aquel motín, adivinó que Puebla quedaría convertida en escombros si el ataque de la soldadesca mataba a algunos obreros y mujeres, y ordenó a sus perros uniformados que se retirasen. Hubo contusos y unos cuatro heridos de ambos bandos; pero no de cuantía. Una mujer, golpeada por un soldado con la culata del fusil, le tiró un navajazo por el cuello, otro soldado hizo el quite con su arma y apenas logró ella rasgarle un poco la piel.—«Nada más que ía que mocharle la cabeza,»—explicó la compañera, apenada de haber errado el golpe y dolorida de los recibidos.

En el puerto de Veracruz, las mujeres del Sindicato de Inquilinos son las amazonas del mismo. Casi de diario andan a golpes con la policía que pretende atropellarlas por estar sindicalizadas; y en tiempo de huelgas ellas son policía-huelguistas mejores que la de los hombres.

He citado todo lo anterior, para terminar esta parte haciendo notar algo peculiar. La mujer mexicana está educada a la antigua, a doblegarse a todo, a ser o una bestia de carga o una muñeca de salón o un juguete en manos del estúpido macho que se sueña superior a ella, nada más que porque gasta pantalones y aunque carezca de cerebro y dignidad.

Pero nuestra propaganda viene despertando a las mujeres, las alienta y las eleva moral, mental y físicamente; dejan de ser las esclavas degradadas, aprenden sus derechos y por ellos luchan y adquieren valor y fuerza para defenderlos.

Lugares ha habido donde, a nuestra llegada, ni una mujer hemos encontrado en nuestras filas. Después de diez conferencias que dimos en uno de esos lugares, Progreso, Yuc., fué notable el número que entró a nuestras filas. El compañero Santiago Loría, Calle 33 Núm. 98, Progreso, Yuc., Rep. Mexicana, (cuya dirección te doy completa porque desea entrar en relaciones, igual que el Comité Libertario, del que es Sec. Gral., con todos los camaradas del mundo), me escribe diciendo que las compañeras de Progreso se han adherido al Comitè Libertario y entrado a la lucha.

Solamente los imbéciles, los que de veras carecen de capacidad mental alguna, pueden negar que la mujer tenga esa capacidad que le niegan. Quizás juzguen por la mujer aristócrata, que engolfada en sus labores atávicas de salvaje, todo el seso se le va en pensar cómo pintarrajearse mejor el rostro, qué corset desfigura más las dulces curvas naturales dei cuerpo femenino, cual es el color de vestido en moda, cuales los pasos de baile más en boga, etc, etc; hondos problemas de importancia transcendental para tan virtuosas como respetables damas...y también, para caballeros cuyas cabezas no es una máquina pensante, sino un simple perchero en el cual colgar el sombrero.

....

Tuyo y de la Anarquía,

ENRIQUE FLORES MAGÓN.

¿Que es esa técnica?

MUCHAS veces hemos leído en periódicos que se dicen revolucionarios y hasta anarquistas, que para el buen éxito de la revolución, es de imprescindible necesidad que los obreros nos capacitemos técnicamente; y otras tantas veces nos hemos interrogado: «¿Que es esa técnica?» ¡No comprendemos!...

Antes de que se sucediera la revolución rusa, a nadie se le ocurría decir que, sin una mayor capacitación técnica en los obreros, el triunfo de la revolución no era posible, como a nadie tampoco se le ocurrió decirnos que sin la férrea dictadura proletaria la revolución moriría.

Y es precisamente esto, lo que nos induce a creer que eso de la capacitación técnica, no deja de ser uno de los tantos estribillos o tendencias que la revolución rusa, o mejor dicho, que a raíz de la revolución rusa, han sido propalados como algo muy novedoso y sugerente, y que a nosotros se nos antoja confuso.

¿Que es esa técnica?

El magnífico movimiento de los metalúrgicos italianos, fracasó por falta de capacidad técnica en los obreros. Esto se ha dicho desde esos periódicos revolucionarios,—técnicos o técnico-revolucionarios. No obstante, en esos mismos periódicos, hemos leído por repetidas veces, largos y vibrantes cánticos dedicados a ensalzar el «triunfo» de la revolución rusa. Y es de preguntarse nuevamente: «¿Técnicamente hablando, los obreros rusos estaban más capacitados que los italianos?»...

Y si como es sabido, no lo estaban, ¿cómo se explica que aquellos «triunfaran» y estos no?

En verdad que no comprendemos lo que quieren decirnos cuando nos hablan de capacitación técnica.

Sabemos o mejor dicho, hemos oído decir que existe un cierto procedimiento de cuyo se valen los fabricantes para conocer la resistencia de los tejidos, cueros etc... Es decir, que los fabricantes mediante un procedimiento mecánico, clasifican en 1ª, 2ª o 4ª clase sus productos y de acuerdo con cada una de estas clasificaciones, establacen luego los respectivos precios de venta. ¿Será en el dominio de estos procedimientos que consiste esa técnica de que se nos habla? Y suponiéndonos que sea, ¿puede esa téctica decidir sobre el triunfo o el fracaso de la revolución? ¡Vaya con la técnica!...

Es de tontos creer en semejantes majaderías y máxime si tenemos en cuenta que esa «técnica» es puramente especulativa y comercial y que por lo tanto no tendrá aplicación posible, en una sociedad que esté cimentada en el apoyo mútuo y regida por el acuerdo libre.

Bien puede ser que esa técnica de que se nos habla, consista en que cada uno de los obreros seamos capaces de trazar un camino ferroviario, una carretera, etc, o construir un puente, un edificio y etc, también. Hasta hoy, el dominio de esos conocimientos técnicos, corresponde a los profesionales. ¿Podemos los trabajadores, hoy, tal cual vivimos, llegar a ser profesionales en ese sentido?

Y aun suponiendo que varios de nosotros, mediante cruentos sacrificios llegáramos a adquirir esos conocimientos, ¿no correríamos el grave riesgo de hacernos luego profesionales de veras, con las mismas pretensiones de superioridad que estos y la misma creencia a mayores consideraciones, prerrogativas y derechos?

Malgrado nuestro empeño, no alcanzamos a comprender en qué consiste esa técnica. Por algo somos «fosilizados».

¿Será que quieren aconsejarnos a que cada uno de nosotros, los trabajadores, nos hagamos cada día más perfectos, y más aptos en el desempeño de nuestras ocupaciones? Si así fuera, esos consejos estarían demás, por cuanto eso de perfeccionarnos en el trabajo, ya hace rato que lo venimos haciendo, y lo hacemos por dos razones a cual más poderosas.

¿Quién osaría negar que cada uno de nosotros, no es un artista en el amplio sentido de la palabra?

El ansia de un mejor vivir y el afán de perfección, no son cosas de hoy ni de ayer: existen desde que existe el hombre. ¡Si, únicamente las piedras son insusceptibles y escapan por lo tanto a esta fatal ley de querer sér, de perfeccionarse! ¡Y quién sabe!

No hay arador que no ponga todo su mejor empeño en sacar el surco derecho, como no lo hay que no goce cuando al cortar una «embelga», mire atrás, después de llegar a la punta y vea que aquél surco le ha salido como tirado con hilo.

¿Y cual es el herrero que no se siente regocijado al ver que la «caldeadura» que acaba de hacer es apenas perceptible?

¿A dónde un mecánico que al dar por terminada una pieza cualquiera y al ver que le ha quedado herméticamente ajustada, no sienta gran alegría?

¿Y qué diremos del frentista y del albañil que, difícilmente se desvían de la obra sin darse vuelta repetidas veces, para observarla, ver el efecto que produce a la distancia y tomar nota de aquello que les parece que está mal, para arreglarlo después?

Es natural que así sea todo esto, si tenemos en cuenta que de esa perfección en el trabajo, es decir, que de esa competencia en el desempeño de cada una en sus ocupaciones, depende no ya el sueldo, sino que hasta la estabilidad en el trabajo. No hay patrón que no se fije en la habilidad de cada uno de sus obreros.

¡No comprendemos qué es esa técnica, pues! Yo soy mosaísta. Y si mañana, pongo por caso, estallara la revolución y al dueño de la fábrica donde trabajo le quitáramos su autoridad de tal, ¿quedaría yo, por eso, inhabilitado para seguir haciendo baldosas? Creo que no. Y como yo, harían todos los trabajadores. Con la misma, por no decir más capacidad que antes, seguiría el herrero machacando hierro en la frágua; el albañil en el andamio levantando la pared; y así sucesivamente todos. Con una diferencia: que entonces el trabajo sería menos monótono porque sería más libre, y sería menos cansador por que sería hecho más de acuerdo con la vocación de cada uno. No hay como tener libertad de acción en el trabajo, para desarrollar las propias aptitudes.

No es técnica, pues, lo que necesitamos aprender para el buen éxito de la revolución, sino capacidad revolucionaria, conciencia, mucha conciencia, toda la conciencia de nuestro valer. Sin el grado de conciencia indispensable, sí que fracasa cualquiera revolución; pero con ella y una clara concepción del porvenir, no hay miedo ninguno, amigos.

Hagámonos conscientes y veremos cómo el día de la revolución no habrá una sola máquina que permanezca inactiva cinco minutos, por falta de capacidad técnica en los obreros para manejarla.

SEGUNDO DEL RÍO.

25 de Mayo, Noviembre 1923.

La voz de las víctimas

CREO que no habrá sido olvidado entre vosotros, compañeros, el gran zarpazo policial del año 1921, el cual hizo presa sobre catorce compañeros, los que en la actualidad se encuentran soportando las cadenas de los hipócritas mandones.

Hoy es necesario aun recordar ese inesperado golpe y como yo soy uno de los apresados, no puedo continuar callando sin hacer mención de la «buena justicia» de la actualidad.

Dos años han pasado, y está próximo el tercero, y aun me parece estar viendo los primeros alborotos policiacos que tanto entusiasmo produjeron a la «buena investigación argentina», al atrapar a los ya citados, dejando hijos, madres y esposas clamando contra la justicia y contra esos hombres malvados que arrebataron sus dichas.

Es necesario que despertéis del sueño en que os halláis sumidos, compañeros, y que terminará por derrumbaros al abismo.

Pensad que si seguimos como rebaños de ovejas, seremos siempre explotados por esa masa insaciable de burgueses, que necesitan brazos para aumentar sus capitales con el sudor sagrado, con el sudor de nuestras frentes.

Leamos libros buenos, instruyámonos, hagamos que nuestros corazones no latan con tanta violencia por alegrías que nunca mereceremos si no hacemos sacrificios por conquistar.

Es necesário recordar a todos que se necesitan hombres de cerebro y hombres de corazón, para abrir con segura mano los cauces al porvenir donde los hombres de conciencia ya no sufrirán más por haber proclamado y combatido por la libertad para todos.

Es por eso que me apresuro a dar un paso hacia adelante, como un simple militante que también se encuentra con las cadenas al pescuezo, por el sólo hecho de haber protestado contra la tiranía social que nos obliga a hacer derramar el sudor de nuestras frentes bajo el yugo formidable de los verdugos.

Démonos, pues, todos solidaridad y propaguemos nuestras ideas con el anhelo de las próximas cosechas.

Si no procuramos ésto prontamente, llegará el tiempo en que vivamos como bajo la famosa tiranía de Rozas, que hizo pagar con la vida, segando cabezas, todas las aspiraciones de libertad.

Es necesario que profundicéis estas mis pobres palabras, y despertéis del sueño en que os halláis sumidos y que terminará por derrumbaros al abismo.

MARCOS E. GALVÁN.

Cárcel San Nicolás, 1923.

Administrativas

Recibimos las siguientes cantidades:

Avellaneda.—M. J. Castro 0.40, Sub Comité «La Antorcha» por int. de la idem 18.00.

Allen.—M. Balsa 1.60 por int. de «La Protesta».

Arteaga.—I. Cuello 1.00.

Buenos Aires.—F. Gualtieri 1.50, Gonzalez (¿cual?) 7.00 por int. de «La Protesta», N. N. (¿quién?) 5.00, Agrp. «Arte y Cultura» 5.00, C. D. Fito 1.00, Savoia 1.00, García 1.00, B. Delgado 1.00, G. Rosas 1.00, Dos compañeros en un café 2.00, A. Tomás 0.60 por int. de «La Antorcha», F. Rey 4.50 por idem, E. García 2.00 por idem.

Bolívar.—M. Urtazún 1.00.

Bahía Blanca.—A. Lozano 1.00 por int. de «La Protesta». V. de la Fuente 2.50.

Berisso.—N. Argoniga 1.00, J. Mari 1.00.

Colonia Castex.—Domingo Segarra donación 1.00, G. Moro 1.20, J. Villarías 7.00.

Cinco Saltos.—F. Cañada 2.50 por int. de «La Protesta».

Coronel Dorrego.—E. Ochoa, E. Ruiz, J. Cavaco, J. Domenech, Pedro Felipe, E. Fernandez, J. Meonton, y Martinez 1.20 cada uno.

Chabás.—A. R. Avila 15.00 por int de «La Antorcha».

Dominguez (E. R.).—Centro «Humanidad» 5.00.

La Plata.—Garibaldi 1.00, Cualquiera 0.50, P. Perez 1.00. O, Fasio 1.00, Botelli venta de «Ideas» 0.50, D. Zaccaro 1.00, J. Bogoni 0.50, A. Dalto 1.00, Mario Debiasi 0.05, M. Porras 0.50, Bouché 0.50, F. Lopez 0.50, J. Scasso 0.20 E. Comotti 0.40, F. Franco 1.00 J. Pucci 1.00.

Laprida.—R. Taylor 1.50.

Lobería.—Barguilla 1.00 por int. de «La Protesta».

La Violeta.—Mariana Crespo 1.50 por int. de «La Antorcha».

Mar del Plata.—Bca. «Tierra y Libertad» 1.20 por int. de «La Protesta», D. Matarazzo 3.00.

Necochea.—F. Fernandez 2.40, Christián 2.00 por int. de «La Protesta», C. Laino 2.50.

Pericota.—A. Perez 2.00.

Pergamino.—J. Olcese 20,90 por int. de «La Antorcha», districuidos así: J. Olcese 1.50, P. Genevois, M. Quitaroni, Fernandez, Leonardo, Benitez, Reza, J. Conti, R Conti, Zamora y Zalazar 0.60 cada uno; D. Liotto, Epíscopo, Borquin y Gazzul 0.40 cada uno; Lupoli 0.70, Vazquez 0,50, Matiaci 0.80, Sande 0.70, Chavero, Concilio, Abad, Carbonetti, D' Alessandro, Di Santi, Farini, Faraco, Garay, Ganzi, Gonzales, Garofalo R. Genevois J. Garofalo A. Liotto V Lizi, Lanzelota. Ligozi, Maturano, Olivero, J. Portillo, Pucci, Palloto, Piccoli, R. Rodriguez, Roma, Salinas, Tumini, Tilli, Bellomo, Mason, Borselli, Gaspari y Garbalan 0.20 cada uno; Barrionuevo 1.00. Carlotto 1.00, Colombo 0.30.

Rosario.—S. Fermino 1.00 Calligare 2.00, R. Arredondo 1.00, J. M. Astor 1.00, E. Maures 2.00, J. Molina 2.00, Valentin 0.40, B. Graiver 2.60 por venta «Ideas».

Santa Fe.—F. Aragón 5.00. L. Birán, G. Fernandez, M. Pastor, R. Corrales, I. J. Trezenso, M. García 0.60 cada uno.

San Martín (Mendoza)—Un suscriptor 0.40, M. Riera donación 0.60, ambos por int. de «La Protesta».

San Luis.—G. Alvarez Villamonte 0.40.

Santa Lucía.—N. Rey 0.50.

Saenz Peña.—T. Rubio 1.00 por int. de «La Antorcha».

San Martín (Bs. As.).—M Fittas 2.50.

Tigre.—D Ainstein 5.00.

Tres Arroyos.—Armesto 1.20, F. Lattelaro 3.00.

Tandil.—Tomás Fernandez 2.00.

Veinticinco de Mayo.—Centro de E. S. «Voluntad» 6.20.

Villars.—L. Parra 0.60.

Total de entradas $ 194.05

Salidas.—Impresión del número anterior (2600 ejemplares) $ 103.00. Impresión de este número, idem $ 103. Franqueo para ambos y correspondencia $ 12. Total $ 218.

Del número 110 $ 100.37, más 194.05 de entradas son $ 294.42, menos 218. de salidas, quedan para el siguiente número.

$ 76.42.

PARA NUESTRA MINERVA

La Plata.—V. H. Córdoba 2.00, S. Graiver 1.00, E. Ricetti 5.00, Suma anterior 26.00. Suma total $ 34.00.

PARA «LA ANTORCHA»

Veinticinco de Mayo.—Centro de Estudios Sociales «Voluntad» 6.20.

PARA «LA PAMPA LIBRE»

Veinticinco de Mayo.—Segundo del Río 0.60.

Para el Comité Pro Presos La Plata

La Plata.—Félix Franco 1.00.

Para Canillitas Difundidores Prensa Libertaria

Colonia Castex.—Jesús Villarias 5.80.

Para «L' Avvenire»

Necochea.—Ciriaco Laino 1.50.

Para «Lo que nosotros queremos»

Dionisia.—M. A. Angueira 1.00.

La Plata.—E. Ricetti 5.00, A. Souto 1, S. Tri 1.00, Un ex preso 30.00. Suma anterior 48.90. Suma total 86.90.